

alma con el cuerpo, cómo han podido unirse tan estrechamente estos dos seres tan distantes y de naturaleza tan distinta? ¿Cuál es su porvenir para despues de esta vida? Cuanto mas se estudia el hombre á sí mismo, mayor es el número, mayor la trascendencia, mayor la dificultad de las cuestiones que tiene que resolver. ¿Pero qué extraño es que encontremos dificultades y misterios en el estudio del ser mas noble del Universo, cuando los encontramos aun en los seres mas pequeños y al parecer despreciables?

Siendo tan difícil el estudio del hombre, presentándose en él tantas cuestiones que unas no podrá y otras apenas con sumo trabajo alcanzará á resolverlas nuestra razon, es evidente que si la Providencia no nos hubiera presentado un medio seguro para pensar rectamente de nosotros mismos, andariamos siempre perdidos en un laberinto de errores y disputas. ¿En cuántos absurdos no han incurrido los que han estudiado al hombre por sí solos sin contar con la enseñanza de la única verdadera Religion? Observa un filósofo la estrecha é íntima union del alma con el cuerpo; no concibe como pueda seguir aquella existiendo sin la materia á que se encuentra estrechísimamente enlazada, y nos dice que el alma perece con el cuerpo. Fija el otro su atencion en que nuestro entendimiento real y positivamente se hace poseedor de la verdad aun bajo su carácter mas elevado é interesante; pero encuentra en la historia del espíritu humano que infinidad de inteligencias han sido víctimas del error, y nos enseña que el error no se distingue esencialmente de la verdad, que no es mas que una verdad incompleta por la cual es preciso pasar para llegar á hacernos dueños de otra que sea mas perfecta. Medita aquel en la elevacion y belleza de los sentimientos del corazon; pero halla que tantos hombres se dejan arrastrar por las pasiones mas vergonzosas, y para alejar esta mancha del humano linage, ó bien negará la diferencia esencial entre el vicio y la virtud pretendiendo que sus ideas hayan provenido de preocupaciones humanas, ó despojará al hombre de su libertad para que recaiga en otro ser la culpabilidad que mientras seamos libres no puede menos de quedar en nosotros. Contempla otro atentamente las ilimitadas aspiraciones del corazon humano; pero mira que el hombre se aficiona á bienes que pronto le fastidian buscando luego otros que tampoco le han de satisfacer, y pretende arrancarnos la esperanza de una dicha cumplida en que de una vez para siempre se llenen todas esas aspiraciones y se propone satisfacerlas con un eterno modificarnos, con un eterno progresar. Y otro filósofo sienta el escepticismo porque no encuentra como alcanzamos la verdad: otro tiene como un fenómeno puramente subjetivo aun la certidumbre de los primeros principios: otro reduce á experiencia de fenómenos y modificaciones cuanto pasa en el alma, porque no alcanza á percibir la línea de division entre las sensaciones y el pensamiento: otro nos mira como materia organizada: otro ignora la época del advenimiento del hombre al mundo: otro no puede comprender como habrán descendido de un solo hombre todos los pobladores del globo y rompe el vínculo de la fraternidad universal, sentando que distintas razas de hombres reconocen distinto origen. Pero se necesitarian volúmenes solo para dar idea de todos los errores que ha habido sobre el origen del hombre, su destino, sus facultades, sus operaciones, sus deberes; y en fin, sobre todo lo que constituye y todo lo que importa

nuestro ser. Baste decir que cuando el filósofo destituido de la fé se propone explicar lo que en el ser humano aparece difícil de entenderse ó contradictorio, lo explica con absurdos inexplicables y con verdaderas contradicciones.

Solo la Religion ha podido explicar al hombre; solo ella pudo darnos con sublime sencillez la mas alta idea de su grandeza. Abramos el Libro Sagrado del Génesis y en él encontraremos que despues de haber concluido Dios todas sus otras obras, cuando ya estaba preparada la magnífica morada en que debia habitar el rey de la naturaleza, entonces hizo al hombre á su *imágen y semejanza*. Estas breves palabras, *la imágen y semejanza de Dios* explican radicalmente toda la dignidad humana, y la comprenden: ellas solas dicen sin comparacion mucho mas que todo lo que sin pronunciarlas pudieran alcanzar los genios mas privilegiados de todos los siglos. Nada tiene de sorprendente la inmortalidad de nuestro espíritu, la fuerza prodigiosa de su inteligencia, la nobleza de nuestro corazon, ni lo ilimitado de sus aspiraciones desde el momento en que se nos anuncia que en el hombre ha sido impresa la imágen de su Criador. Si el hombre se asemeja á Dios, debe entender, porque Dios entiende: debe apetecer la verdad, debe tener capacidad para posesionarse de ella en su rigurosa y propia razon de verdad de que son inseparables la invariabilidad y la necesidad, porque Dios es la Verdad: debe no solo percibir las cosas, sino tambien alcanzar la razon de ellas, porque al darle Dios la luz intelectual que es como un destello de la luz eterna de su inteligencia, le dió á conocer los principios necesarios de la razon á que es de absoluta necesidad que se conforme todo lo que existe: debe tender al bien; debe sentir amor por la rectitud en el obrar, por la virtud; debe experimentar sentimientos sublimes que lo impelen aún á lo mas grande, interesante y arduo de las buenas acciones, porque Dios á quien se asemeja es el bien sumo, la santidad esencial, el amor infinito á todo orden, á toda rectitud, á toda perfeccion. En una palabra: así como poniendo un espejo al frente del astro del dia se deja ver en él la representacion del mismo astro, no igual, pero parecida en su forma y brillantez, así tambien se dejan ver en el alma del hombre representadas, aunque con la diferencia infinita que media del Criador á la criatura, las perfecciones del Ser Eterno que se dignó hacerlo á su imágen y semejanza.

Altísima es la idea que nos dá del hombre la Religion, aun considerado únicamente en la esfera de su naturaleza; pero todavía nos enseña que se extendió á mucho mas para con él la bondad de su Hacedor. Sí, nos enseña y nos manda creer con toda firmeza nuestra Religion augusta que el Señor desde el origen mismo del hombre lo enriqueció con dones sobrenaturales; mas el valor de estos excede á las ideas mas grandiosas de que nosotros somos capaces. Desde el origen del hombre le concedió su Criador la gracia santificante y con ella lo elevó hasta la dignidad de Hijo de Dios: lo adornó con virtudes sobrenaturales que fueran el principio de todas las buenas acciones que debian corresponder á la sobrenatural elevacion de su ser: de esta manera dió á sus obras buenas un nuevo realce, un valor y un mérito á que jamás hubiera podido alcanzar por las fuerzas de la naturaleza. ¿Y qué cosa mas grande, mas encumbrada que el des-

tino del hombre segun la enseñanza de nuestra Religion? No hemos nacido, nos dice, para la presente vida: el oro y la plata son polvo vil; las riquezas perecederas son indignas de que se fije en ellas el afecto de una alma inmortal; la gloria mundana es efimera y engañosa; los placeres degradan y son la fuente de perpetuos remordimientos; ninguna criatura es digna de quien ha sido criado solo para Dios: esta es la enseñanza sublime y eminentemente consoladora de nuestra Religion. Ella afianza la esperanza porque nos promete la posesion del sumo bien: despues de haber admirado las obras del Supremo Artífice nos manda aspirar á ver en sí mismo al Autor de tantas maravillas y á contemplar en el Verbo Eterno el altísimo pensamiento que está realizado en la creacion: nos asegura que si no ponemos obstáculo por nuestra parte, quedará sobreabundantemente llena la capacidad indefinida de nuestra inteligencia, en comparacion de la cual todos los conocimientos que podemos atesorar en esta vida son como una gota de agua en la inmensidad del Oceano. Nos promete que veremos la Luz increada de donde viene toda luz á las inteligencias, la Verdad esencial en que está la primera razon de todo y el fundamento de toda verdad; que viviremos para siempre con vida indeficiente y feliz estando unidos al que es la fuente de la vida; que seremos dichosos con el mismo Bien infinito de que emana todo bien. Tanta así es la grandeza del hombre á los ojos de la fé católica, tan altos son los designios del Señor acerca de nosotros.

Pero aun no está dicho todo. Tenemos todavía en nuestra Religion la enseñanza de otro misterio de misericordia y amor incomprensibles y por el cual el hombre es sublimado á una altura que jamás podrá medir nuestra inteligencia. Este es el misterio de nuestra reparacion en que Dios se manifestó magnífico en sus gracias, excesivo en su dignacion, infinito en su clemencia y en su amor. Para obrar la reparacion humana una Persona divina se unió á nuestra naturaleza con union tan íntima que Dios y Hombre no es sino un solo Redentor, un solo Cristo. ¿Quién podrá explicar, quién alcanzará á comprender el ennoblecimiento de toda la humana naturaleza por una relacion tan estrecha con su Criador? ¿Y el amor divino hácia el hombre en qué otra parte se ostenta mas grande que en haberse dignado el mismo Dios hacerse hombre y morir para salvar al hombre? Al pensar en este misterio, el hombre aparece á nuestros ojos altamente respetable y acreedor á todos los cuidados y merecedor de todos los sacrificios, si á costa de ellos hubiera de conseguirse que no se malograra en uno solo el precio infinito con que ha sido redimido. ¿Cuándo ha podido la filosofía elevarse á tanta altura? En vista de esta enseñanza sublime ¿qué extraño es que en el seno del Catolicismo sea donde únicamente se ha sabido apreciar lo que vale una alma y que hallan pertenecido á la Iglesia católica tantos millares y millares de héroes esclarecidos de la caridad que se han negado á sí mismos, que lo han sacrificado todo y han consagrado su vida al bien de sus semejantes? Solo la Religion católica ha comprendido lo que vale el hombre. En comparacion de la dignidad á que lo mira encumbrado, en comparacion de su destino eterno y del amor inmenso de que ha sido objeto, desaparecen todas las mundanas desigualdades, así como las mayores alturas de nuestro globo nada son si se comparan con la distancia que nos separa de los astros. De aquí proviene especial-

mente que en el seno del Catolicismo siempre ha sido recomendada y siempre se ha practicado la caridad para con los pobres, porque en estos tenemos al hombre despojado de todas las cosas exteriores que no le pertenecen, pero que deslumbran á los sentidos; por esto ha abundado siempre la Iglesia católica en sentimientos de beneficencia y ha sido ingeniosa en encontrar medios para socorrer á los desgraciados.

¶ Pero si nuestra santa Religion habla al hombre de su grandeza, no por esto trata de ocultarle su pequeñez y su miseria: continuamente se las pone delante de los ojos, pero no para abatirlo, no para exasperarlo, no para que se desaliente en seguir el camino del bien ni en atravesarse aun á las mas arduas empresas de las virtudes. La Religion habla al hombre de su pequeñez y miseria y le descubre sus defectos para que no se forme una idea falsa de sí mismo, para que no se deje llevar del orgullo y así se haga indigno de los beneficios del cielo; porque sabe que todos los bienes emanan de Dios, quien para conceder sus dones exige como disposicion una virtud de que no llegaron á formarse idea los sabios del gentilismo, la humildad. Esta es la que inculca sin cesar nuestra Religion: quiere que entendamos que cuanto bien hay en nosotros, ya sea en el orden de la naturaleza, ya en el de la gracia, lo hemos recibido de Dios, y que sin Dios de nada bueno seremos capaces, ni hallaremos otra cosa en nuestro propio fondo sino la ignorancia el error y la maldad, porque ninguna otra cosa podrá tener por sí solo quien de por sí es nada. Y esta es la explicacion mas filosófica que puede darse del hombre: Dios es quien lo engrandece y el hombre mismo coopera á su engrandecimiento siendo fiel á Dios y reconociendo que de El ha recibido todos los bienes: el hombre es quien se degrada á sí mismo, se hace desgraciado y se pierde cuando quiere sacarlo todo de su propio fondo, cuando desconoce á su Bienhechor Supremo, se olvida de El y de sus preceptos.

¶ Pero nunca se detiene la Religion católica en el conocimiento puramente teórico de la miseria humana y de sus causas: nos descubre tanto la una como las otras, porque de otra manera seria imposible que llegáramos á vernos libres de nuestros males morales; pero su incesante anhelo es inducirnos á la virtud y conseguir que logremos nuestra felicidad; porque está convencida y cree firmísimamente que por todos los hombres derramó su sangre el Salvador, que la eterna felicidad es el destino señalado á todos por la Bondad Divina, que el mayor criminal puede conseguir el perdon, que contamos con los divinos auxilios para vencer todas las dificultades que se nos puedan presentar al obrar el bien y que con estos mismo auxilios la virtud, la verdadera virtud cristiana, es practicable y de hecho la han practicado innumerables hijos de la verdadera Iglesia. Muy lejos se encuentra nuestra Religion de aquellas doctrinas desesperantes que se oyen de la boca de los protestantes y que derraman la tristeza en el corazon, como las que aquí publicaron en «El Católico Cristiano,» presentando la virtud como inasequible de hecho y pintando el pecado tan inherente al hombre, que no se verá libre de él por mas esfuerzos que haga para vivir bien. Dista mucho de pensar así la verdadera Religion.

¶ ¿Queremos contemplar en toda su perfeccion el tipo del engrandecimiento á que segun la fé católica puede llegar el hombre? Ahí lo tenemos en

los Santos que la Iglesia propone á nuestra veneracion é imitacion. Un Santo es un hombre de nuestra misma naturaleza, que tuvo pasiones y dificultades para el bien como nosotros las tenemos; que por sí solo no habria hecho otra cosa sino el mal; pero que procurando y aprovechando los divinos auxilios, dirigiéndose por la enseñanza de su Religion y luchando esforzadamente consigo mismo y con todos los obstáculos que le estorbaban el bien, logró elevarse á un altísimo grado de virtud y recibe ahora la eterna recompensa de las manos del justo Remunerador de las obras buenas. La doctrina católica sobre la felicidad, la canonizacion y el culto de los Santos es el resumen de la mas alta dignidad y grandeza á que puede elevarse el hombre por la Bondad divina y los méritos infinitos del Redentor: por esta doctrina censuran los protestantes á la Iglesia; pero por ella merecerá siempre la gratitud y los elogios de todos los verdaderos amigos de la humanidad, porque eleva tanto al hombre miserable y en medio de las dificultades para obrar el bien nos alienta con magnificas esperanzas.

PRESB. AGUSTIN DE LA ROSA.

EL PROTESTANTISMO PERDIENDO TERRENO.

(Tomado del «Católico»)

He aquí lo que acerca de esto leemos en el núm. 21 de nuestro apreciable colega la *Luz* de Monterey.

CONFESION AURICULAR EN LA IGLESIA EPISCOPAL.

Las líneas siguientes que reproducimos del *HERALD* de Nueva-York harán conocer á los lectores de «La Luz» el cambio favorable que se está operando en las doctrinas profesadas por la Iglesia episcopal. En el espacio de estos últimos 30 años se ha formado entre el clero y los miembros de dicha Iglesia un partido que pide con ansia que se restablezcan en los oficios divinos casi todas las ceremonias del ritual romano, y vemos con gusto que nuestros hermanos, separados de nosotros por la herejía, están poco á poco volviendo otra vez á la verdad. Este partido se llama ritualista, porque desea admitir los ritos de la Iglesia Católica, y tambien lo llaman en Inglaterra partido puseysta por haber sido el doctor Pusey su fundador: á fines del año 58, mas de cien ministros ó profesores graduados en las universidades de Oxford y de Cambrido habían abandonado sus filas para entrar en el seno de la Iglesia Católica. Quiera Dios acabar de desengañarlos y verificar estas palabras del santo Evangelio que pocos domingos ha se proponían á muchas reflexiones: «se hará un solo rebaño y un solo pastor.»

Washington, 5 de Febrero de 1873.—Señor editor del «Herald» de Nueva-York.

Recientes acontecimientos, acaecidos en la Iglesia episcopal han llamado fuertemente la atencion del público sobre el uso de la confesion y sobre su legalidad ó ilegalidad, en tanto grado, que seria una locura el dejarlo en el olvido. La confesion, tal es la materia de todas las conversaciones, en

las oficinas públicas, en el comercio y en los salones de la alta sociedad. Los movimientos de los ritualistas son valientes, decididos y se manifiestan abiertamente, sin temer la crítica de la prensa ni la pública maledicencia: tenemos que habérmolas con una clase de hombres que, sea cual fuere su opinion, dan pruebas no equivocadas de su sinceridad. Uno de ellos llena de asombro á los señores capitalistas, miembros de la junta parroquial de su Iglesia, haciéndoles advertir que debian retirar toda intervencion en su ministerio y dejar de molestarlo con sus dádivas; que de lo contrario resignaria su oficio para ir adonde (él) pudiera seguir con entera libertad el impulso de su conciencia.

Otro edifica uno de los mas suntuosos altares que se pueden encontrar en los Estados-Unidos y en cualquiera otra parte, y lo adorna con ricos candeleros, lo que era una novedad en la Iglesia episcopal. Un tercero avisa al público por medio de la prensa que estará oyendo confesiones á tal dia y á tales horas. Estos hombres, la pobreza que les sobrevendria y la impopularidad, prueban evidentemente que su empresa es seria; se pueden ridiculizar, pero ya pasó el tiempo en que podian ser el objeto del desprecio. El dinero no ejerce ningun influjo sobre su conducta; y para ellos no parece pesar mas que una pluma; pues trabajan sin descanso y están ganando terreno diariamente. Ha llegado la hora en que se hace necesario limpiar las antiparras y abrir los ojos para examinar lo que está sucediendo. En dias pasados eran el blanco del ridículo á consecuencia del uso que hacian de luces y ornamentos en sus funciones sagradas, y se les trataba entonces de hombres excéntricos. No se han contentado con introducir estas novedades, sino que al mismo tiempo han estado oyendo confesiones. El asunto no se limita por cierto á candeleros ni á casullas, sino que es de una importancia mucho mas grande, segun consta de los hechos siguientes.

Quando el obispo de la secta episcopal de Nueva-York prohibió todo exceso en prácticas ritualistas, le obedecieron con prontitud los eclesiásticos que estaban bajo sus órdenes, dejaron de usar las casullas coloradas, y desde entonces abandonaron las prácticas propias de la Iglesia de Roma. Pero al momento en que el obispo del Estado de Conecticut quiso reprender á uno de estos eclesiásticos de Nueva-York, porque habia hablado en su diócesis de siete sacramentos, y entre ellos del de la confesion, entonces el referido eclesiástico resistió con energía, y no cediendo ni una sola pulgada de terreno, publicó su correspondencia con el obispo. El dia en que el obispo de Pensilvania quiso condenar á otro ministro, siempre por el mismo motivo de la confesion, el ministro mencionado sostuvo su opinion, ganó su causa, y publicó tambien su correspondencia. En fin, durante la última convencion general de la misma iglesia episcopal, cuando se trató la cuestion de la presencia real de Nuestro Señor bajo las formas del pan y del vino en el sacramento del altar, uno de los que se hallaban presentes se levantó con el objeto de defender este dogma y desafió á todos á que le probasen lo contrario, pero nadie se atrevió á contestarle.

Evidente es que para estos hombres no se trata simplemente de ceremonias exteriores, de candeleros ó de cosas de puro gusto. El negocio es mas profundo y mas fundamental. Estos hombres quisieran de buena

gana no exponerse al peligro de caer en la impopularidad, ni quisieran tampoco abandonar lucrativas posiciones únicamente para satisfacer su gusto ó su antojo. Estoy bien informado de que no solamente ocho ó diez personas son las que van á confesarse, sino que los episcopales corren por centenas al tribunal de la penitencia, y que entre los que se confiesan, los hombres forman la mayoría. Estoy igualmente bien informado que este fenómeno se ha manifestado no solamente en Nueva-York, sino tambien en los estados de Maryland, de Massachussets, de Rhode Island, de Connecticut, de Tejas, de Yllinois, de Florida y de Lousiana; en Inglaterra, en Canadá, en Escosia, en todas partes.

Contestacion del Sumo Pontifice Clemente XIII á la carta en que Carlos III le participó haber expulsado á los Padres jesuitas.

«Entre todos los dolorosos infortunios que se han derramado sobre nosotros en estos nueve infelicitisimos años de pontificado, el *mas sensible para nuestro paternal corazon, es ciertamente el que nos anuncia la última carta de V. M.*, en la cual nos hace saber la resolucion tomada de dexterar de sus dilatados Reinos y Estados á los religiosos de la Compañía. *¿Tambien vos, hijo mio? ¿El Rey Católico Carlos III, que nos es tan amado, viene ahora á colmar el cáliz de nuestras aflicciones, á sumergir nuestra vejez en un mar de lágrimas y derribarla al sepulcro? ¿El religiosísimo y el piadosísimo Rey de las Españas es por fin aquel que debiendo emplear su brazo, aquel brazo poderoso que le ha dado Dios para proteger y ensanchar su culto en honor de la Santa Iglesia, y la salvacion de las almas, le presta por el contrario á los enemigos de Dios y de la Iglesia para arrancar de raíz un instituto tan útil y tan adicto á la misma Iglesia? ¿Querrá por ventura privar para siempre á sus reinos y pueblos de tantos auxilios espirituales que felizmente ha sacado de los insinuados religiosos de dos siglos á esta parte, ya en el culto, ya en cuanto contribuye á la perfeccion de tales auxilios, con sermones, catecismos, ejercicios, instrucciones de piedad y letras á la juventud? Señor, hé aquí que nos hallamos á la vista de un tan grande desastre, exhaustos de fuerzas.*

Pero lo que nos penetra todavía mas profundamente es el considerar que el sábio, el clementísimo Carlos III, cuya conciencia es tan delicada, y tan puras las intenciones, que temia comprometer su salvacion eterna permitiendo el menor daño al mas ínfimo de sus vasallos, ahora SIN EXAMINAR SU CAUSA, SIN GUARDAR LA FORMA DE LAS LEYES para la seguridad de lo perteneciente á todo ciudadano, SIN TOMARLES DECLARACION, SIN OIRLOS, SIN DARLES TIEMPO PARA DEFENDERSE, el mismo monarca haya creído poder exterminar absolutamente un cuerpo de eclesiásticos dedicados por voto al servicio de Dios y del pueblo, privándole de su reputacion, de la patria y de los bienes que tenían cuya posesion no es menos legítima que la adquisicion. Este, señor, es un procedimiento muy prematuro. Si no puede hallarse justificado para con Dios, Juez Supremo de todas las criaturas, ¿de qué servirán las aprobaciones de los que fueron consultados, de cuantos han concurrido á la ejecucion, el silencio de todos los otros va-

sallos, la resignacion de los mismos que han sufrido golpe tan terrible? Por lo que á Nos toca, aunque *experimentamos un dolor inexplicable por este suceso*, confesamos que TEMEMOS Y TEMBLAMOS POR LA SALVACION DEL ALMA DE V. M. que tanto amamos.

«Dice V. M. que se ha visto obligado á tomar esta resolucion por la necesidad de mantener la paz y tranquilidad en sus Estados. V. M. acaso pretende hacernos creer que algunas turbulencias acaecidas en el gobierno de sus pueblos han sido movidas ó fomentadas por algunos individuos de la Compañía. Cuando esto así fuese, señor, ¿por qué no castigar los culpados, sin hacer caer tambien la pena sobre los inocentes? Nos lo protestamos ante Dios y los hombres. El cuerpo, el instituto, el espíritu de la Compañía de Jesus ES DEL TODO INOCENTE: no solo inocente, SINO TAMBIEN PIO, ÚTIL Y SANTO, EN SU OBJETO, EN SUS LEYES, EN SUS MÁXIMAS. Por mas esfuerzos que hayan hecho sus enemigos para probar lo contrario, no lo han conseguido para con las personas despreocupadas y no apasionadas en despreciar y detestar las mentiras y contradicciones con que han procurado apoyar una pretension tan falsa. Este cuerpo se compone de hombres, como los otros, capaces de engañarse, de errar y de cometer faltas; pero los errores y delitos de los particulares no tienen el apoyo y proteccion en el espíritu de sus estatutos, como se publica. Y la piedad de V. M. ¿puede mirar sin horror las consecuencias de este procedimiento?

No hablaremos del vacío que deja en la floreciente Iglesia de España la ausencia de tales operarios: nada diremos de los frutos de piedad y de las ventajas que solian producir. Pero cuál será ahora el estado de tantas misiones en países lejanos y de gentes bárbaras, fundadas y gobernadas á precio de sudores y sangre de los discipulos é imitadores de Ignacio y Javier, al verse privadas de sus pastores y padres espirituales? Si una sola, si muchas de aquellas podres almas, ya numeradas en el rebaño del Señor, y próximas á entrar en él, perecieren por causa de esta privacion, ¿qué reclamaciones no harian al tribunal de Dios, contra quienes las habian privado de los medios de salvarse? Mas la cosa está ya hecha, dirán los políticos, tomada la resolucion y publicada la real orden: ¿qué diría el mundo si viese revocar ó suspender la ejecucion? Y por qué no se ha de excluir mas bien *qué dirá el cielo?* Pero en suma, ¿qué dirá este mundo?

Dirá lo que dice sin cesar hace tantos siglos del monarca mas poderoso de Oriente. Movido Asuero de los ruegos y lágrimas de Estér, revocó el decreto subreptico de quitar la vida á todos los hebreos de sus dominios, y se granjeó la estimacion de príncipe justo y victorioso de sí mismo. ¡Ah, señor, qué ocasion esta para cubrirse de la misma gloria! Nos le presentamos, no los ruegos de la Reina su esposa, la cual desde lo alto de los cielos le recuerda quizá la memoria de su afecto á la Compañía, sino los de la Sagrada Esposa de Cristo, los de la Santa Iglesia, la cual no puede ver sin lágrimas la total ruina que amenaza á un instituto del que ha sacado tan señalados servicios. Nos, señor, juntamos á aquellos nuestros ruegos especiales y los de la Iglesia romana..... Por tanto rogamos á V. M. en el dulce Nombre de Jesus..... y por la Bienaventurada Virgen María..... le rogamos por nuestra vejez, quiera ceder y dignarse revo-